

# LA VOZ DE TOTANA

ÓRGANO DE INTERESES LOCALES, CIENTÍFICO Y LITERARIO

SE PUBLICA UNA VEZ Á LA SEMANA

PRECIOS DE SUSCRICION

2 PESETAS TRIMESTRE

AÑO II.—VIERNES 31 DE MAYO DE 1889.—NÚM. 58

Número suelto 15 céntimos

REDACCION Y ADMINISTRACION

MAYOR-TRIANA, 13

## VIAJE EN EL INFINITO

Estamos sobre la Tierra, globo flotante, que rueda y se arremolina sin cesar, juguete de más de diez movimientos continuos y variados; pero somos tan pequeños y estamos tan retirados del resto del mundo que todo nos parece inmóvil é inmutable. La noche extiende sus velos, las estrellas se encienden en el fondo de los cielos, el lucero de la tarde resplandece en el Occidente, la Luna vierte en la atmósfera como un misterioso rocío de luz. Partamos; lancémonos con la velocidad de la luz: 75 000 leguas ó 300.000 kilómetros por segundo. Antes de darnos cuenta de nuestra partida, pasaremos á la vista del mundo lunar que abre ante nosotros sus anchurosos cráteres y desarrolla sus valles sombríos y salvajes. Mas no nos detengamos. El sol se aparece y nos permite dirigir una última mirada á la Tierra iluminada, pequeño globo inclinado que cae, disminuye y desaparece en la noche infinita. Venus se acerca, tierra nueva, igual á la nuestra, poblada de seres, en movimiento rápido y apasionado.

No nos paremos. Pasemos bastante cerca del Sol para reconocer sus explosiones gigantes y formidables, pero continuemos nuestro vuelo. He ahí Marte, con sus calados y recortados Mediterráneos, sus golfos, sus playas, sus hermosas ciudades, sus poblaciones activas y laboriosas. El tiempo nos apremia; no descansenos.

Ya se aproxima Júpiter, celoso enorme de los mundos. Mil Tierras reunidas no le igualarían. ¡Qué rapidez en sus días! ¡Qué conmociones en su superficie! ¡Qué extraños animales en sus aguas! La humanidad no ha aparecido ahí todavía.

Volemos, volemos siempre. Este mundo, tan rápido como Júpiter, coronado de extraña aureola, de un inmenso sistema de anillos, es el fantástico planeta Saturno, al rededor del cual giran ocho mundos de fases variadas; tan fantásticos nos parecerían los seres que los habitan.

Sigamos nuestro celeste vue-

lo. Urano, Neptuno, son los últimos nombres conocidos que encontramos en nuestro pasaje; el último ciérnese á más de mil millones de leguas de la Tierra, invisible ha ya largo rato. Pero volemos, volemos siempre. Pálido, cabelludo, lento, deslizarse ante nosotros el cometa estacionado en la noche de su afelio; pero nosotros distinguimos siempre el Sol como una estrella inmensa brillando en medio de la poblacion del cielo. Con la velocidad constante de 75.000 leguas por segundo, cuatro horas han bastado para trasladarnos á la distancia de Neptuno; mas hace muchos dias que volamos á través de los afelios comentarios, y durante muchas semanas, muchos meses, nosotros continuamos atravesando las soledades de que la familia solar se halla cercada, y no encontramos sino los cometas que viajan de uno á otro sistema, los meteoritos, residuos de los mundos en ruina, borrados del libro de la vida.

Volemos, volemos todavía, durante tres años y seis meses, antes de alcanzar el sol más próximo, hoguera grandiosa, doble sol, gravitando cadenciosamente y vertiendo á su rededor en el espacio una luz y un calor más intenso que los de nuestro propio sol. Mas ro nos paremos, continuemos durante diez años, veinte años, cien años, mil años este mismo viaje, con la misma velocidad de 75.000 leguas por cada segundo! Sí, durante mil años, sin reposo, ni tregua, atravesemos, examinemos al paso estos nuevos «Soles» de todas dimensiones, focos fecundos y potentes, astros cuya luz flamea y palpita, estas innumerables familias de «planetas» múltiples, variados, tierras lejanas, pobladas de seres incognoscibles, de todas formas y de diversas naturalezas, estos satélites de fases multicolores y todos estos paisajes celestes nunca vistos; observemos estas naciones siderales, saludemos sus trabajos, sus obras, su historia, adivinemos sus costumbres, sus pasiones, sus ideas; más no nos detengamos.

He aquí otros mil años que se presentan para continuar nuestro viaje en línea recta;

aceptémoslos; atravesemos todas esas aglomeraciones de soles, esos universos lejanos, esas nebulosas que brillan, esta vía láctea que se desgarran en giros, esos «génesis» formidables que se suceden á través de la inmensidad siempre abierta: no nos sorprendamos si de los soles que se acercan ó de las estrellas lejanas llueven ante nosotros lágrimas de fuego que caen en el eterno abismo; asistamos á la destruccion de los globos, á la ruina de las tierras caducadas, al nacimiento de nuevos mundos; sigamos la caída de los sistemas hácia las costelaciones que las llaman; pero sin detenernos.

Todavía mil años, diez mil, cien mil de marcha, sin decaimiento, siempre en línea recta, siempre con la misma velocidad de 75.000 leguas por segundo; concibamos que vogamos así durante un millón de años, «un millón de siglos...» ¿Nos hallaremos en los confines del universo visible? He ahí las inmensidades negras que es necesario franquear... Mas allá abajo, nuevas estrellas se encienden en el fondo de los cielos, lancémosnos hácia ellas, toquémoslas. Nuevo millón de siglos, nuevas revelaciones, nuevos esplendores estrellados, nuevos universos, nuevos mundos, nuevas tierras, nuevas humanidades!...

¡Y qué! ¿Jamás veremos el fin? ¿jamás se cerrará el horizonte? ¿jamás el cielo nos detendrá? ¿Siempre el espacio! ¿Siempre el vacío! ¿Dónde estamos, pues? ¿Qué camino hemos recorrido? ¡Ah! Hemos llegado.... «al vestíbulo» del infinito!... En realidad, no hemos avanzado un solo paso! ¿Estamos siempre en el mismo punto! El centro está en todas partes; la circunferencia, en ninguna...

Sí, he ahí abierto ante nosotros el INFINITO, cuyo estudio está ni siquiera comenzado. Nada hemos visto de la creacion divina, nada ó casi nada viviremos la eternidad para continuar este viaje siempre rectilíneo hacia no importa que direccion... Nosotros retrocedemos espantados, caemos anonadados, incapaces de proseguir una carrera inútil. ¡Ah! podemos caer, caer en línea recta en el abismo abierto,

caer siempre, durante «la eternidad»; jamás, jamás tocaremos el fondo, jamás veremos límite alguno al horizonte siempre abierto. Ni cielo, ni infierno; ni Oriente, ni Occidente; ni alto, ni bajo; ni derecha, ni izquierda. En cualquiera direccion que contemplemos el universo, «el infinito está en nuestra vista».

En este infinito, asociaciones de Soles y de mundos que constituyen nuestros universos visible, no forman sino una isla del gran archipiélago, y, en la eternidad inacabable, la vida de nuestra umanidad tan soberbia, tan arrogante con toda su historia política y religiosa, la vida de nuestra Tierra toda entera no es más que... el sueño de un instante.

CAMILO FLAMMARION.

## EN TOTANA

Si estuviese hoy en boga, como en otro tiempo, la manía de los colmos y se me preguntara cual es el de los ferro-carriles malos, respondería sin titubear:

—El colmo de los ferro-carriles malos es el de Cartagena á Murcia.

¡Compadre! Cuando viajaba por la línea de Zaragoza á Barcelona, creía de buena fe que no había en el mundo cosa peor que aquella; pero hoy puedo asegurar, bajo palabra de honor, que el trayecto citado (de Cartagena á Murcia) que, según noticias, pertenece á la línea de Madrid, Zaragoza y Alicante, supera en incomodidades y mal servicio á todos los trayectos conocidos y por conocer.

De Murcia á Totana ya es otra cosa. Hecho el cambio de tren, exclamé regocijado:—¡Esto es la gloria!

¡Claro! Como que acababa de salir del purgatorio.

Dejando á un lado las condiciones materiales del material, lo que más me sorprendió fué la velocidad pasmosa con que hicimos el viaje.

¡Ni una tortuga hubiera podido aventajarnos!

Así es que al tomar el wagón de la nueva línea, me creí transportado á otras regiones.

Llegué á Totana. Aquí olvidé lo pasado y me entregué por completo á emociones dulces que producen los afectos de familia.

Sin conocer el país, conocía yo á los habitantes. Había oído hablar de los principales personajes de Totana y había entrado hace tiempo en deseos de conocerles personalmente. De modo que, aunque quisiera, no podría explicar la satisfacción que sentí al ver á Francisco Cayuela, el primer barbián de la comarca, el hombre de más sombra y más circunstancias que podríamos encontrar á cien leguas á la redonda.